

No hay una cosa tal como un cisne negro

Cultura, explosión y figuración retrospectiva de Iuri Lotman a Hayden White

Nicolás Lavagnino
CONICET-UBA

I-

En esta época, en estos años, hoy, el coronavirus -pero podría ser la crisis económica, o el horizonte de una era de extremos políticos- demanda una explicación. Como suceso emergente se ha desplegado bajo el halo de lo imprevisible. Pero tarde o temprano, demasiado pronto quizás, conducirá a una línea de imputación que subsumirá el fenómeno bajo el orden de la necesidad, o de la probabilidad como consuelo en la determinación. Mientras ese fenómeno acontece una sintaxis de *cisnes negros* y espontánea filosofía especulativa de la historia se ofrece a la vista. *El mundo cambiará. Ya nada será igual. Nunca antes. Nunca después.* El apocalipsismo es un viejo deporte que recién está naciendo entre nosotros. Y todo se dice y se ofrece a la interpretación como resultado de una preocupación por la forma que podría asumir el recorrido de la historia en la que estamos encabalgados. Y claro, para una época que piensa desde los gabinetes hasta los detergentes en la perspectiva de “nunca antes en la historia” o “lo mejor que nos pasó en los últimos 50 años” la historia es un bastidor eterno contra el cual puede medirse el peloteo fugaz de las circunstancias.

Los fenómenos asaltan las retinas y demandan un orden de signos que signifiquen. Y ordenen.

Hay una melodía en las olas del mar
y una armonía en la lucha de los elementos
y un armonioso rumor musical
corre por las cañitas ondeantes

Hay una armonía indestructible en cada cosa
una consonancia plena en la naturaleza
sólo en nuestra fantasmagórica libertad
reconocemos el desacuerdo con ella

¿De dónde proviene este desacuerdo?
¿Será porque en el canto universal
el alma no canta aquello que canta el mar,
y, caña pensante, se rebela?

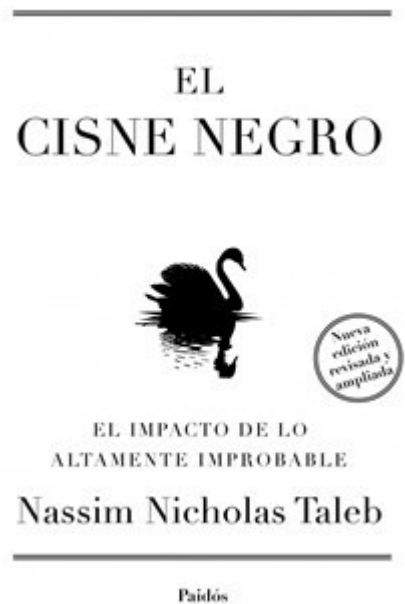
Tiutchev, valiéndose de Pascal, nos llamó cañas pensantes. Y pienso que se entiende el desasosiego que experimenta la caña, ahora que la melodía en las olas del mar se estruja en el ardor de la lucha de los elementos. Ah... pero ahora el coronavirus es un cisne negro... como las crisis bursátiles y las movidas geopolíticas... ¿quién podría preverlas?

Todo es culpa de Willem de Vlamingh, el primer sujeto que observó un cisne negro en 1697 en Australia. Posteriormente el término se amplió entre charlatanes y tarambanas, hasta alcanzar dimensiones colosales a partir del libro de Nassim Taleb *Fooled by Randomness* (2001), donde como metáfora se afianzó en lo relativo al tratamiento de acontecimientos financieros extremos. Luego, en *The Black Swan* (2007), asistimos a un punte en el que la metáfora se extendió para cubrir todo tipo de eventos (el estallido de la Primera Guerra, el 11/9, la disolución de la Unión Soviética). Y así. Hoy en día es difícil que pase un día sin que un “analista económico” utilice el

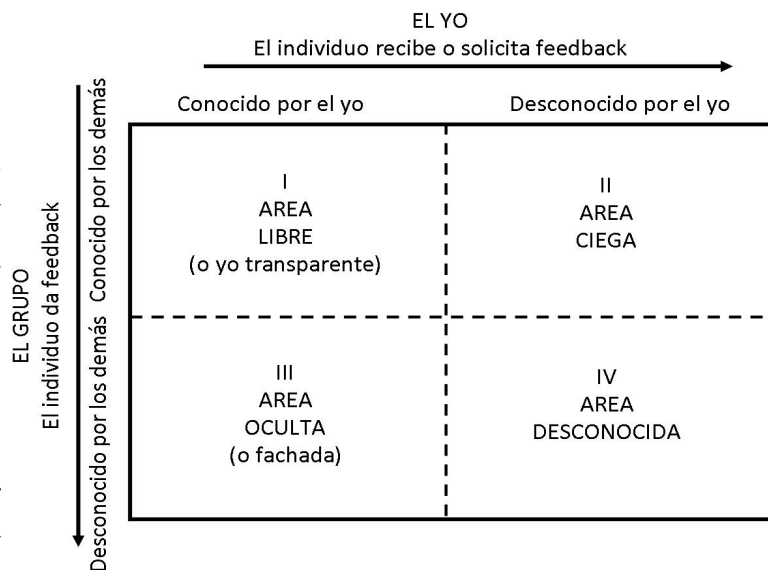
término.

El término *cisne negro* se utiliza para designar eventos que 1- yacen en los márgenes de la probabilidad (son *outliers*, valores atípicos), permaneciendo por fuera de la esfera de las expectativas regulares. 2- suponen un gran impacto. 3- a pesar de su carácter improbable, con posterioridad a su ocurrencia, son internalizados y racionalizados, haciéndolos ver *como si* hubieran podido ser predichos. Rareza, impacto, apropiación retrospectiva, *c'est tout*.

La idea de Taleb, por supuesto, no era volver predecibles los acontecimientos impredecibles, sino cuestionar los modelos de toma de decisión basados en modelos de distribución normal que no pueden dar cuenta de la ocurrencia de eventos raros para los que no hay casos antecedentes. Y con ello se proponía, también, cuestionar -razonablemente- lo que llamó la *falacia lúdica* -el mal uso de analogías tomadas de los juegos para aplicarlos a la vida real-. Su idea central, en un clivaje que se retrotrae hasta von Neumann, von Foerster y von Hayek, era que la complejidad de los asuntos humanos excede, con mucho, la capacidad estimativa y de previsión de quienes deben tomar decisiones, lo cual vuelve desaconsejable la aplicación simplificada de modelos estadísticos que “platonizan” la realidad concentrándose “en objetos puros, bien definidos y fácilmente discernibles”.



Los asuntos humanos, se afirma entonces, se asemejan más bien a ese tipo de situaciones descritas por *la Ventana de Johari*, o por ese involuntario trabalengua acuñado por el entonces secretario de Defensa durante la presidencia de George Bush jr., Donald Rumsfeld: “hay cosas que sabemos que sabemos. También sabemos que sabemos que hay cosas que no sabemos. Pero también hay cosas que no sabemos que no sabemos (*unknown unknowns*)”. Al hablar de esa manera Rumsfeld estaba retomando, a sabiendas o no, los



trabajos de Luft e Ingham (Luft e Ingham 1955; los creadores de la *ventana de Johari*) y utilizando una jerga habitual en el planeamiento estratégico: sabemos que hay cosas que no sabemos si ocurrirán (vuelos cancelados, terremotos); y hay cosas a las que ni siquiera podemos computarle probabilidad alguna (lo cual es distinto que asignarle una probabilidad igual a cero), sencillamente porque no las podemos concebir. Los *unknown unknowns* no pueden computarse porque escapan a toda previsión y ni siquiera pueden ser consideradas como variables con un valor dado en un sistema determinado. Son *el cuarto cuadrante* de la Ventana de Johari, aquello desconocido para mí y para los otros.

Ahora bien, por supuesto que no sabemos lo que no sabemos, que hay cosas que yacen por

fuera de toda calculabilidad, pero casi todo el truco de Taleb, en su recorrido orientado a criticar los modelos explicativos basados en la distribución normal, pasa por manipular *ad libitum* los tres elementos que definen la idea misma de un cisne negro: Taleb, defíneme *expectativa regular*. Defíneme más luego *gran impacto*. Y finalmente, para anclar el lado hostil de esta presentación de las “ideas” en torno a cisnes negros, *unknown unknowns* y cosas por el estilo, oiga Taleb, dese cuenta de que lo que dice depende de algo anterior, conceptualmente, que rara vez se preocupa en precisar, y no digo definir, ni mucho menos aclarar.

A saber: que qué sea una expectativa regular y qué no lo sea, depende del registro de antecedentes. Y la consideración de que “esto que pasa” se parece a “esto que pasó antes” depende de la capacidad metafórica de identificar un suceso en términos de otro. El *ver como* de la metáfora en la base de nuestra comprensión del mundo que habitamos (Ricoeur 1977). Y, problema entre problemas -o no, pero al menos un elemento básico para cualquier teoría de la metáfora- esa capacidad metafórica de *ver-como* no reconoce ninguna limitación *a priori* entre lo que puede ponerse en relación (Frye 1977; Auerbach 1998). Con esto lo que digo es que la noción de expectativa regular frente al suceso excepcional requiere, en cambio, que nos movamos en la dirección del segundo criterio de Taleb, la idea de que algo tiene un “gran impacto”. Es decir que ya de movida sus dos primeras condiciones para saber que estamos tratando con un cisne negro no son independientes, sino más bien que una condición se deriva de la otra.

¿Y cómo sabemos, al explorar las relaciones intertemporales entre eventos, que algo tiene o no tiene gran impacto? Pues para atender esta cuestión no quedará otra opción que derivar raudamente en dirección al tercer criterio: los sucesos no portan una significación inherente conforme ocurren, sino que los vamos viendo en las concatenaciones de sentido que establecen con lo que les antecede y lo que sucede, e incluso es en la común remisión a lo anterior y lo posterior como hallamos criterios para individuarlos, inclusive, como sucesos. Vale decir, que algo es poco esperable y que es “grande” o tiene efectos masivos depende mayormente de la apropiación retrospectiva que hace de tales y cuales ocurrencias un intérprete-observador.

El concepto de *cisne negro* entonces no es otra cosa que el reconocimiento de que interpretamos los procesos realizando apropiaciones retrospectivas. O que, en todo caso, el límite de lo que Frye llamaba *la imaginación disciplinada* (Frye 1971) depende de qué tanto y qué tan bien hayamos concebido los modos de la contingencia en la constitución de sentidos de realidad modelados intertemporalmente. Configuramos, en tanto que observadores-intérpretes-agentes, sistemas interpretativos (von Foerster 1981). No hay una única forma de hacerlo, ya que los mismos fenómenos podrían ser cubiertos por sistemas empíricamente equivalentes (Quine 2001). Y, en ocasiones, cuando las nuevas interpretaciones involucran densas redes de realineamientos en la asignación de significaciones y relaciones intertemporales entre acciones y eventos, necesitamos concebir eventos atípicos, romper con patrones de expectativas prefijadas y configurar nuevas ilaciones de sentido.

Y esto nos conduce en dirección a un tema antiguo y sobre el que Taleb y los *cisnegrólogos* tienen poco y nada que decir, en la medida en que nos retrotrae a dos pares ordenados de la retórica y de lo ue de manera más o menos sumaria puedo denominar *figuralismo*: el par *esquema-figura* (canónicamente establecido en la nota 13 al pie de la introducción a *Metahistoria* de Hayden White; White 1992), y el par *figura-realización* (o consumación) -que encontramos en la doctrina figural de Erich Auerbach presente en el ensayo *Figura* (Auerbach 1998), pero también en la tipología de la retórica clásica, en un linaje que se remonta a Vico e informa a los citados autores.

Un *esquema* es un orden prefijado de razonamientos, que no admite saltos ni sustituciones inesperadas (“irracionales”). Una *figura* en cambio admite tales cosas, porque justamente lo que está en discusión es qué es lo que puede esperarse (White 1992, 42n). La figura clásica de un

esquema es un silogismo deductivo. La figura clásica de una figura (valga la redundancia) es un entimema, un silogismo trunco en el cual se elide una premisa, de manera tal que el encadenamiento entre premisas y conclusiones permanece indeterminado. Y es esa indeterminación la que se extiende al vínculo entre antecedentes y consecuencias (figura-realización) cuando la relación no puede establecerse en la forma de una imputación causal en la que el vínculo se establece por relación de necesidad.

A diferencia de una determinación causal que puede preverse (supuestamente), una vez establecidas las condiciones necesarias y suficientes para la ocurrencia de los sucesos en cuestión, yendo flecha del tiempo hacia adelante, una elucidación figural procede a la inversa, retrospectivamente, flecha del tiempo hacia atrás, de una manera genealógica, afiliando putativamente unos antecedentes dados a ciertas efectuaciones que se encuentran bajo análisis (véase por ejemplo el magistral análisis de White en “What is a historical system?”; White 1972 y 2010).

Una figura es un orden de indeterminación sincrónico (oponiéndose a esquema) y diacrónico (oponiéndose a causalidad) que construye interrelaciones para, de manera situada, articular argumentaciones regidas por *el principio de razón insuficiente* (Blumenberg 1999): no hay un rango de necesidad en la comprensión de las cosas, y aún así debemos argumentar en torno a su existencia, disputando sentidos con otras argumentaciones. De eso se ocupa la retórica, y es por ello que nuestra vida se despliega en torno a situaciones retóricas en las que lidiamos con la indeterminación y la insuficiencia.

La cuestión de la figuración, entonces, justamente pone en blanco sobre negro la naturaleza de la apropiación retrospectiva por parte de un observador-agente que, desde el presente, establece un relieve de los sucesos en el tiempo, vinculando unas ocurrencias con otras de maneras que no se encuentran cubiertas por una regla de necesidad entre antecedentes y consecuentes.

Dicho de una manera más directa: la idea misma de cisne negro no es otra cosa más que el prejuizar la naturaleza de la expectabilidad de las cosas sobre la base de supuestas apropiaciones retrospectivas “regulares” y ordinarias que condicionan nuestra interpretación de los eventos. Proyectando sobre los eventos lo que no es otra cosa que un trabajo de sentido por parte de los observadores en su contexto de actuación. Que algo es “grande” o es “inesperado” o que forma parte de los *unknown unknowns* y que por lo tanto es un cisne negro no es un atributo de los eventos en sí mismos, obviamente, sino de los sesgos que condicionan la situación retórica de la comunidad que observa e interpreta los fenómenos. Es desde esa situación que se establecen limitaciones a lo concebible, en la forma de una esquematización de lo imaginable que obtura la figuración..

En definitiva, la tentación para cierta literatura *mainstream* en lo atinente, por ejemplo, a los fenómenos económicos consiste en barrer abajo de la alfombra los sucesos que arrasan con el modelo de interpretación estándar del ciclo económico, considerando como *shocks exógenos* o *imprevistos* o *imponderables* dentro de una teoría estandarizada del riesgo a aquellos sucesos que, más bien, llevan consigo la capacidad de mostrar la bancarrota de un modelo de interpretación.

Los *cracks* bursátiles, el estallido de la Primera Guerra e inclusive sucesos tales como la disolución de la Unión Soviética es dudoso que sean interpretables de manera fecunda apelando a la retórica de los cisnes negros. Mala suerte. *No hay una cosa tal como un cisne negro*, y menos que menos predicado en tiempo presente. El cisne negro es la forma simplista de denominar el hecho de que, de cuando en cuando, ante sucesos desafiantes que inauguran sendas de disputabilidad de sentidos, retrospectivamente tenemos que figurar y trazar genealogías distintas del presente que nos atraviesa y nos condiciona.

La racionalización de lo improbable *como si* lo hubiéramos podido prever, es una apropiación retrospectiva que muestra la pregnancia, la potencia, de la ficción (que eso es el *como si*) figurativa (que eso es la apropiación retrospectiva), una vez nos curamos del platonismo de las formas puras y de las reducciones de la realidad por cuenta de un conjunto fallido de modelos interpretativos. *Retrospectivamente, a través de la ficción figurativa, reconstruimos el sentido de lo imaginable y modalmente posible como si hubiera sido evidente, determinado y modalmente necesario.*

Pero esto no es otra cosa que el velamiento, por medio de un cierto tipo de figuración que se niega como tal, de los procedimientos mismos de la ficción figurativa, conduciendo a un reaparecer de la forma de determinación y racionalización retrospectiva, todo lo cual nos impide responsabilizarnos por los silogismos truncos que traficamos a diario en la forma de un principio de razón siempre insuficiente.

Dejar de hablar de cisnes y comenzar a hablar de las políticas de la ficción figurativa como forma de apropiación retrospectiva es empezar a hacernos cargo de cómo observamos y de cómo actuamos en este mundo.

II-

En su último libro, *Cultura y explosión* (1992; Lotman 1999), Yuri Lotman intentó desgranar algunos elementos, desde la semiótica, de lo que consideraba la dialéctica de lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social. Considero que Lotman aporta los elementos que faltan para construir, desde una posición afín a las enseñanzas de Auerbach, Frye y White, una aproximación a la política del lenguaje que se construye a través de la figuración y la ficción.

Lotman venía de la teoría de sistemas (entre otras tantas cosas) y lo que le interesaba era la relación entre el sistema semiótico y lo que no forma parte de esos sistemas, sabiendo que es en la juntura entre códigos que se producen las significaciones (Lotman 1977, 1996, 1998 y 1999). No nos basta con una lengua, con un sistema monolingüístico, para habérselas con el mundo. Siempre estamos acoplando sistemas de signos a otros sistemas de signos, *sistemas de modelización primaria y secundaria*, diría Lotman en otro texto (Lotman 1996), y en el camino se producen los desajustes entre signos que, a su vez, se apilan inestablemente sobre los mismos desajustes que se dan en el mundo de las cosas, cosas entre las cuales están los signos.

“La situación de pluralidad de las lenguas es originaria, primaria, pero más adelante se crea sobre su base la aspiración a un único lenguaje universal” (Lotman 1999; 13). Es sobre esta base que se inserta luego la demanda normativa de una reducción monológica. “La fase siguiente consiste en el hecho de que el comportamiento atípico se inserta en la conciencia como transgresión posible: monstruosidad, delito, heroísmo”. Todo lo que se resiste al código como una forma fija de producir un *output* especificable a partir de un *input* antecedente prefijado a partir de una *regla de transformación* acordada, una función, perturba la reducción. Todo lo que se resiste al código frustra el sentido de una identidad que es comunicada.

Pero, malas noticias: “una lengua es el código más la historia”. Y en cualquier situación dada los hablantes están siempre situados entre códigos y lenguas irreductibles. En la situación emerge la tensión, dado el carácter de la experiencia, y dado el carácter de la idea misma de tener



una lengua.

“En la comunicación lingüística normal es indispensable introducir el concepto de *tensión*, de una resistencia de fuerzas, en el que dos espacios de sentido se oponen” (ibíd, 17). El intercambio de información entre campos se vuelve posible sobre la base y en la medida en que los horizontes intersectan. Pero el área de intersección es la *trivialidad* no disputada para los hablantes. “El valor del diálogo resulta unido no a la parte que se intersecta, sino a la transmisión de información entre las partes que no se intersectan” (ibidem). Estamos interesados en la comunicación justamente debido a este desfase que vuelve difícil la comunicación y que, en el límite, la hace imposible.

Todo el asunto es lidiar a través de trivialidades tensando el espacio para hacer valer el espacio no intersectante. Demasiada trivialidad no nos dejará nada que hacer tensar. Demasiada tensión no intersectante imposibilitará la imposición por traducción de los propios valores como si fueran trivialidades. *Política de las situaciones del lenguaje*.

Así, en lo sustancial, navegamos entre trivialidades que no tensionan nada, y el desafío de traducir lo intraducible. El predominio de lo primero genera procesos de estancamiento en los que solo gradualmente se introduce la tensión entre campos. Esa es, según Lotman, la idea que sustancia nuestra visión ordinaria de la trama que compone la historia. Pero junto con eso están encapsulados los horizontes de tensión en donde ninguna intersección es ya posible. Donde la fuerza acumulada se condensa, esperando su momento para eclosionar.

Trivial es lo que se espera, lo que puede anticiparse, facilitando las reglas de transformación funcionales que llenan de sentido nuestro mundo. Esquema. Silogismo. Solo la tensión introduce la disputabilidad de lo que puede esperarse. Solo la tensión naufraga el vigor de la regla, para abrir paso a otro mundo, que es el mismo, pero escorado hacia un océano distinto. Figura. Entimema. Explosión.

“Es interesante la correlación entre los descubrimientos científicos y las realizaciones técnicas. Las más grandes ideas científicas son, en un cierto sentido, afines al arte: su origen es similar a una explosión. En cambio la realización técnica de nuevas ideas se desarrolla según las leyes de la dinámica gradual” (ibíd, 20). En esta idea la técnica, aunque puede permanecer incomprendida o adormecida, no es otra cosa que la realización de aquello que se esperaba, de aquello que ya podía hacerse anteceder. Lo nuevo, tanto en la ciencia como en el arte es la realización de lo inesperado.

De lo que habla Lotman es, en otros términos, de lo que en tropología y retórica se denomina *proceso de metaforización*, esto es, de la emergencia de lo imprevisible por innovación semántica, y del subsecuente proceso de reabsorción por metonimización y sinécdoque de ese emergente en un espacio ya signado por la trivialización y el trabajo de sentido esperado. No hay manera de prever la próxima metáfora. No hay manera de prepararse para la próxima emergencia de sentido. Tan solo retrospectivamente vemos como lidiamos hoy con las metaforizaciones de ayer.

La imagen con la que da Lotman, para hablar de la explosión y la trivialidad gradual, es la que contrapone el *campo minado* al fluir de un *río en primavera*. La potencia inesperada y la potencia esperada, orientada y previsible. A partir de este juego de espejos crecen las posibilidades. La explosión, el río, pero también el río que se hace constar como explosión, la explosión que es tratada como un río, y así.

“En el momento actual”, escribe Lotman a comienzos de los 90', “asistimos a un descrédito general de la idea de explosión. La humanidad ha vivido entre los siglos XVIII y XIX un proceso

que puede describirse como realización de una metáfora: los procesos socioculturales se encuentran bajo el influjo de la imagen de *la explosión no como concepto filosófico*, sino en su vulgar correlación con la explosión de la pólvora, de la dinamita o del núcleo atómico” (ibídem). Explosión como fenómeno físico, destructivo, devastador. No como horizonte creativo, en el que se engendran criaturas fantásticas o fenómenos sorprendentes, como los que atiborraban la literatura del Renacimiento, sino como un puro suceder que viene a interrumpir la iteración del régimen de lo que es tenido por normal.

Una de los pocos horizontes en los que a la destrucción se le sigue imputando una modalidad creativa en el del discurso disciplinarizado de la economía y la teoría de la gestión de la empresa, donde conceptos como “destrucción creativa” (Lavagnino 2019; Reinert y Reinert 2006) dentro del ciclo normal de negocios. Pero en esa modalidad, incluso, se elide la figura central de esta práctica metafórica centrada en la explosión: *la imprevisibilidad, la no orientación a fines, su irreductibilidad a estados antecedentes de cosas*. Su carácter decididamente a-teleológico. Figural.

La marca de la explosión es que no tributa a ningún fin más elevado. No redonda, como tensión entre horizontes, en ningún mejor escenario. El humor teleológico que reconduce nuestras prácticas al mullido sillón del sentido y la ganancia de conciencia no forma parte de este teatro. Porque la marca de la explosión, cuando aparece, mientras dura, mientras performa su labor, es permanecer inasimilable. Recordemos, no se trata de la tensión amable entre dos conjuntos que intersectan. Es la línea de fuerza que vuelve, en el límite, imposible la comunicación, al comunicar el tremendo ímpetu de su existencia difuminando toda forma de traducción entre espacios de sentido.

En esos momentos el presente es un estallido de posibilidades no desplegadas, no actualizables. Actualizar es ya salir de la explosión. En esos momentos el futuro se presenta como el espacio de los estados posibles indeterminados. Un tronco en el vacío que se abre a una enramada de cielos en la noche.

En ese sentido todos los caminos como fases de estado del sistema no se encuentran determinados por leyes ni por imputación causal ni por atribución de intervalos de probabilidad. Porque justamente lo que hace la explosión no es eliminar la historia, sino destruir el código, la regla de transformación que entrega un *output* especificado a partir de un *input* antecedente. “Al momento de la explosión estos mecanismos se vuelven totalmente inactivos. La elección del futuro se realiza como contingencia. Por ello mismo es que posee un alto grado de valor informativo, pero ninguna significación. Ya con posterioridad el momento de la elección significa o bien la exclusión de aquellas vías que están destinadas a permanecer en potencia como posibles, o bien el momento en el cual se indica que las leyes de las relaciones de causa y efecto entran nuevamente en vigor” (Lotman 1999, 28).

Usamos la explosión como gozne entre mundos para justificar la discontinuidad de nuestras líneas de imputación causal y los límites a nuestra capacidad de subsumir nomológicamente la dispersión de los fenómenos. Para justificar el hecho de que las vidas no siguen fines, y las ocurrencias no se aproximan teleológicamente a un horizonte definido de antemano que los justifique.

“El momento de agotamiento de la explosión es un punto de inflexión del proceso”, añade. Acontece entonces un proceso de auto-retro-dicción, en el que se empalman las series de la historia, para clarificar retrospectivamente lo que ha sucedido. “Aquello que llegó a ocurrir de manera contingente, casualmente, se nos presenta entonces como el único desarrollo posible. La imprevisibilidad es sustituida en la conciencia del observador por la regularidad. Desde este punto de vista la elección es una ficción” (ibid, 30), en la que se dispone o se presenta un modelo de lo

que es tenido por lo real. La lengua, las formas sígnicas, sistemas de modelización para Lotman, nos modelan y nos presentan una realidad en la que nuestras cañas pensantes pueden asir la melodía en las olas del mar.

Y así, los devenires casuales se vuelven objeto de descripción histórica. El trabajo sobre el sentido elimina la contingencia en la irrupción de los acontecimientos. Todo aparece, regularmente, retrospectivamente, como si hubiera estado encaminado a delinear el sendero que ahora recorreremos. La producción de la realidad, por medio de la ficción de la caña pensante. Sabemos qué causó estos encierros. Estos días de la marmota. Estas pestes generalizadas. Estos cisnes negros. Siempre lo supimos, de tanto no poder preverlos.

En este punto, la interpretación retrospectiva de lo sucedido genera una nueva línea de sentido, sobre la vieja línea de ocurrencias, que ya no es más una vieja línea, sino un nuevo sendero que es todo cuanto hay, porque esa es toda la realidad que hay. Entonces lo sucedido se proclama como lo único posible. Y de esta forma la explosión se ve reconducida al modo en que los desarrollos regulares lineales procesan “sus momentos”.

Y así, mediante un puro juego de signos, el discurso produce esta quimera de que la lengua ha permanecido en sus códigos a través de la historia, purgando rarezas con sus reglas de transformación indemnes. Cada vez que el código muere, el código renace, y el sueño del soñador a la vera de un océano de contingencias, caña pensante, quiere volver a fluir su páramo de ríos de primavera. “Mirando desde el pasado hacia el futuro, vemos el presente como un complejo de toda una serie de posibilidades igualmente probables. Cuando miramos en el pasado, lo real adquiere para nosotros el estatuto del hecho y somos propensos a ver en ello la única posibilidad” (ibid, 172).

Así funcionan los sistemas de signos: como proveedoras del fármaco que consuela la exigencia psicológica de modificar el pasado para introducir la regla de necesidad all  donde no había ninguna. Por figuración y ficción, por modelización y presentación retrospectiva, los signos producen una transformación de la memoria, para subsumir el latido irregular de la experiencia en un pedaleo constante de una bestia ex nime e indiferente a toda otra imaginación.

El salto informacional que genera la explosión, su ruptura del delicado y sutil juego de abalorios de conjuntos en ínfima intersección, se ve así lentamente reconducido, hasta renacer en forma de sentido imputado, línea causal, presión legaliforme, trivialidad, necesidad.

“Quién prevé todas las consecuencias, no har  nunca nada grande”, dice un proverbio  rabe.

La explosión se irá acallando ante el murmullo y la vocinglería en torno al sutil río de primavera.  A dónde se dirige esto?  Qu  contribución puedo realizar? La sintaxis de h eros y traidores, de tragedias y comedias, se genera a partir de este murmullo y aquellos vozarrones que repiten una y otra vez lo mismo. La explosión borraría todo esto, nos liberaría de este cadalso imaginario, si no fuera que será más bien lo contrario: toda esta imaginación borrar  el recuerdo de que alguna vez hubo una explosión.

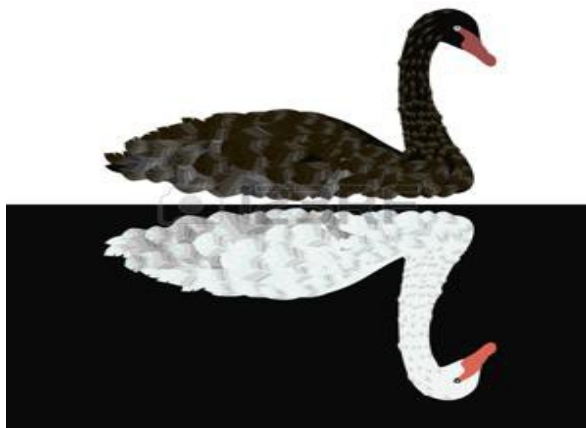
Si nada podía preverse, hay que repensarlo todo, estableciendo otras constelaciones de antecedentes, imaginando retrospectivamente, por amor al arte, reglas de necesidad alternativas. Afirmando la posibilidad de otras realidades como modelos de realidades disputadas y en tensión, que no intersectan ni trivializan, sencillamente porque no hay nada que hacer intersectar que no está trivializado ya. Causalidad figural, dirían Erich Auerbach y Hayden White. Explosión, dir  Lotman.

Hoy el coronavirus y el horizonte angosto de una economía estrangulada demandan una explicación. Una imputación angustiada en torno a la pregunta de quién habrá de responder por

estas realidades. Pero al mismo tiempo tenemos que ser conscientes del riesgo de seguir proveyendo al horizonte de la cultura con sus ríos de primavera, revistiendo con necesidad lo que no fue más que un suceso puntual, en un gozne del tiempo que condujo a un estrato de sentidos imprevisto.

Una ontología de cisnes negros se encuentra siempre disponible para racionalizar lo imaginable y para domesticar el abanico de concebible a culatazos de necesidad. Pero la ficción figurativa de todas maneras seguirá trabajando para reintroducir la tensión y la disputabilidad de sentidos en el horizonte de la política del lenguaje.

El alma no canta aquello que canta el mar. Y entonces, caña pensante, se rebela.



Referencias bibliográficas

- Auerbach, Erich (1998): *Figura*, Madrid, Trotta.
- Blumenberg, Hans (1999): *Las realidades en que vivimos*, Barcelona, Paidós.
- Frye, Northrop (1971): *The Stubborn Structure*, Londres, Methuen.
- Frye, Northrop (1977): *Anatomía de la crítica*, Caracas, Monteávila.
- Lavagnino, Nicolás (2019): “La furia ciega del berserker. O de cómo el futuro está en manos de licántropos”, en *Debates Actuales de la Teoría Política Contemporánea*, Año 7, V. 7, pp. 37-52.
- Lotman, Iuri (1977): *The structure of the artistic text*, Michigan, Michigan University Press.
- Lotman, Iuri (1996): *La semiósfera I*, Madrid, Cátedra.
- Lotman, Iuri (1998): *La semiósfera II*, Madrid, Cátedra.
- Lotman, Iuri (1999): *Cultura y explosión*, Barcelona, Gedisa.
- Luft, J. e Ingham, H. (1955): “The Johari window, a graphic model of interpersonal awareness”, en *Proceedings of the Western Training Laboratory in Group Development*, Los Angeles: University of California Los Angeles.
- Quine, Willard van Orman (2001): *Acerca del conocimiento científico y otros dogmas*, Barcelona, Paidós.
- Reinert, Henrik y Reinert Herik (2006): “Creative Destruction in Economics: Nietzsche, Sombart, Schumpeter”. Backhaus, Jurgen y Dreschler, Wolfgang (eds.), *Friedrich Nietzsche (1844-1900). Economy and Society*. Nueva York: Springer.
- Ricoeur, Paul (1977): *The rule of metaphor*, Toronto, Toronto University Press.
- Taleb, Nassim (2001): *Foiled by Randomness: The Hidden Role of Chance in Life and in the Markets*. New York: Random House.

- Taleb, Nassim (2007): *The Black Swan: The Impact of the Highly Improbable*. New York: Random House and Penguin Books.
- von Foerster, Heinz (1982), *Observing Systems*, Seaside, California, Intersystems Publications.
- White, Hayden (1972): "What is a Historical System?," en *Biology, History and Natural Philosophy*, ed. A. D. Beck and W. Yourgrau, New York, Plenum Press, 232-242.
- White, Hayden (1992): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- White, Hayden (2010): *The Fiction of narrative*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.